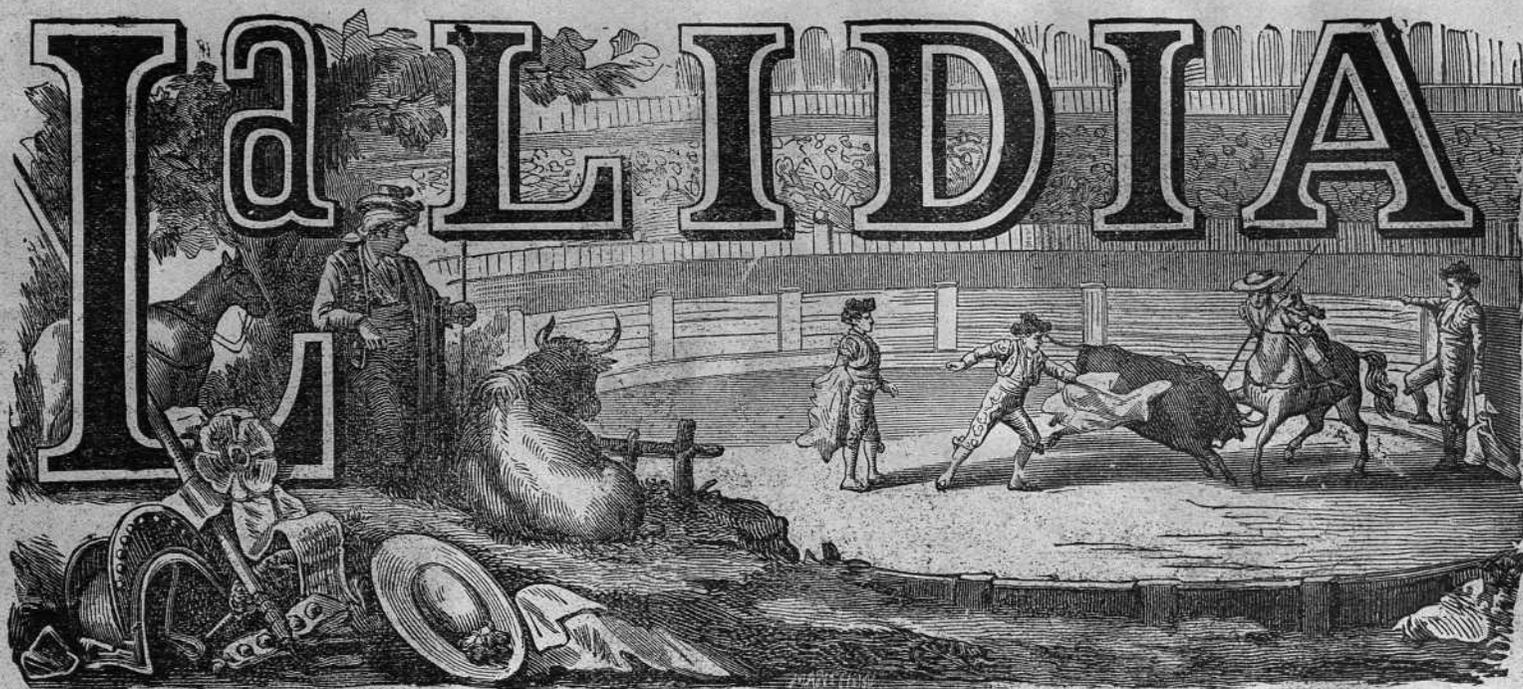


NÚMERO ORDINARIO, 15 CÉNTS.



NÚMERO ATRASADO, 25 CÉNTS.

PRECIO DE SUSCRIPCIÓN

Madrid: trimestre. Pesetas 2,50
 Provincias: trimestre. 3

REVISTA TAURINA

PRECIO PARA LA VENTA

25 números ordinarios. Ptas. 2,50
 25 id. extraordinarios. 5

La Correspondencia al Administrador, Calle del Arenal, 27, Madrid.—(No se devuelven los originales.)

SUMARIO

La Isidrada, por J. Sánchez de Neira.—Nuestro dibujo, por M. del Tolo y Herrero.—El tiempo para matar, por A. Vela Hidalgo.—Revista de Toros (7.ª corrida de abono), por Don Cándido.

GRACIAS A TODOS

Con gusto cumplimos un deber de gratitud, manifestando nuestro profundo reconocimiento, tanto a la prensa por los elogios tributados a nuestro número anterior, distinguiéndole de los demás publicados con igual objeto, como al público en general, al arrebatarnos materialmente las dos numerosas ediciones puestas a la venta.

La Isidrada.

LAS dos de la tarde del viernes 16, se fijó sobre el cartel de la corrida de toros anunciada para ese día, otro cartelito en que se expresaba que aquella se había suspendido de orden del señor Gobernador de la provincia, por no reunir el ganado las condiciones reglamentarias para la lidia, y que ésta se celebraría el sábado 17 con tres toros de Mazpule y tres de Nandín, por los espadas Guerrita y Lagartijillo.

¡Válgame Dios por la Empresa y el señor Arroyo! ¿No supo aquella lo que compraba? ¿Ignoraba éste lo que había vendido? No es posible; hartos sabrían unos y otros lo que tomaban y daba, y como días de *Isidros*, con los cuales creían tener llena la Plaza, se dijeron, sin duda alguna: ¿qué sabe el cuerpo lo que le dan?, y desecharon escrúpulos y presentaron como bueno lo que debía ser muy malo, a juzgar por la sabia determinación de nuestra primera autoridad civil. Aunque en general entiendan poco de toreo los forasteros, está mal hecho ofrecerles ganado de ínfima clase al mismo precio en las localidades que el que tiene fama de bravo y es de casta acreditada; al fin vienen a gastar y divertirse, y a no gastar y a divertirse, que de todo hay y se dan casos.

Como es de ley, tras del viernes vino el sábado, y llegó la hora de la corrida cuyo juicio crítico vamos a exponer, empezando por lo más principal que hubo en ella, que al fin, lo primero es lo primero.

Es Rafael Guerra, al cual aludimos como nuestros lectores habrán comprendido, un hombre inquieto, de quien puede decirse que su descanso es pelear. Va a la Plaza y está en ella con la misma alegría con que asiste a las aulas un estudiante revoltoso, que ni oye explicaciones ni consulta libros, cuidándose de bromear y jalearse en todo el año, pero que a fin de curso, gracias a su disposición natural y atrevimiento, obtiene en los exámenes notas brillantes, lo cual quiere decir que, si con esas facultades fuese menos atolondrado y estudiase, podría dejar atrás a sus maestros. A estos niños, así tan listos, hay que reprenderlos mucho más que a los que para nada han de servir, ó para muy poco, y hacerlos entrar en vereda sin consentirles el más ligero desmán, aunque ellos, y los que se titulen amigos suyos, pongan mala cara. Por su bien es.

Actuó Guerrita de director de Plaza, de primer espada, primer banderillero, y de primer peón Pedir más fuera avaricia. Hizo con el capote corriendo los toros un alarde de sus prodigiosas fuerzas musculares y de sus infatigables pulmones, que Dios quiera le duren muchos años; no dió malos lances de capa al quinto toro, pues si bien fueron demasiado altos y *sacudidos*, se ciñó en ellos mejorando los que ha dado en otras ocasiones, y tuvo la audacia de rematar una carrera sentándose en el estribo frente al testuz del buey, a tres pasos de distancia, como lo hicieron en sus tiempos Cúchares y el Gordito.

Juzgando su trabajo de banderillero, hemos de ser muy severos con él. Demuestra muy poca inteligencia quien se va de frente a un toro casi pegado a las tablas, y en un terreno y una colocación donde no hay más remedio que salir juntos y liados toro y torero. Por eso fué cogido, y no fué muerto, porque el buey no podía con el rabo, que de nada le hubiera servido agarrarse a las patas del bruto, si éste es un toro de codicia como son por lo general los de buena casta; eso hizo el pobre Jiménez (el Cano), con el toro *Pavito*, de Veragua, el 12 de Julio de 1852, y de nada le sirvió, que la cogida le costó la vida.

Si imprudente estuvo en el primer par, que clavó bien, temerariamente irreflexivo estuvo al levantarse, y más aun al poner las otras banderillas, sesgando a ambos lados sin preparación ninguna. El valor ha de ser sereno, sino no es valor, tiene otro nombre; y si el eco de las palmadas del montón atolondra los sentidos

hasta el punto de producir el mareo, bueno será taparse los oídos, que para más de un día necesita el arte y la afición los servicios de ese hombre. Matando no dió, a pesar de sus buenos deseos, porque el aire lo impedía y las condiciones de las reses también, más que dos ó tres pases regulares. Se arrancó en el primero por derecho; clavó en lo alto, pero como lo hizo con esa rapidez que, si en el volapié admitimos, repelemos abiertamente en las estocadas arrancando con toros que conservan pica y se vienen, resultó que la espada quedó atravesada, como no podía menos, puesto que allí el cuerpo lo hizo todo, la muleta nada. Esa misma precipitación al entrar a herir al segundo, sin acordarse de hacer la cruz con los brazos, produjo el golletazo, pudiendo decirse que ambos bichos murieron *por sorpresa*, que es la voz usada por mi amigo *Sentimientos*. Mejor estuvo en el quinto, al que se fué con valentía y arrojo, usando mejor el brazo derecho que el izquierdo; y la prueba es que el cañón derecho de la taleguilla, por su parte anterior, salió agujereado. Por Dios, más calma y más estudio pedimos a Guerrita los que bien le queremos.

Dirigiendo la lidia, bien en algunas ocasiones, no siempre. No pueden quejarse de este mozo los Isidros, que con excelente voluntad procuró complacerlos, capeando, corriendo, sentándose, coleando—sin necesidad—banderilleando, revolcándose, matando y no dando la puntilla, porque no hubo ocasión. ¡Si todo hubiera sido a tiempo y meditado!

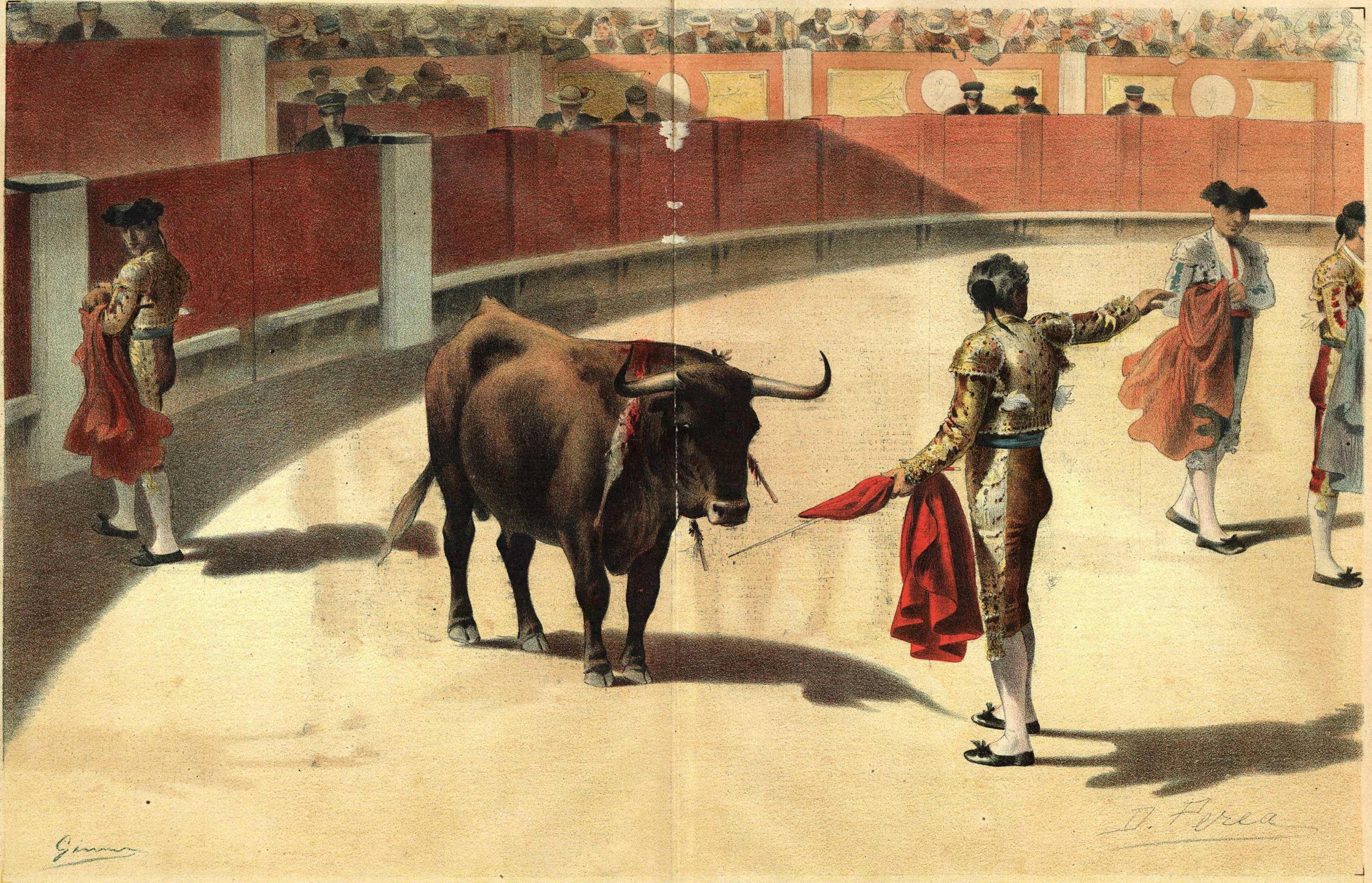
Lagartijillo es valiente, tiene confianza y desenvoltura con los toros, a los cuales se acerca bien, sin pisarles su terreno, pero tiene que aprender a herir, sin levantar tanto el brazo, y si tomando la línea recta. ¿Y por qué perderá el trapo tantas veces?

En los banderilleros, de todo hubo. Al Mógino le vino el santo de cara, porque los toros se le pusieron bien, esperaron y les entró por su lado favorito. También Ricardo Berdute clavó bien dos pares al primer buey. Los demás, con buenos deseos.

No mostraron tantos ni tan excelentes los picadores; casi siempre se atravesaron, no pocas *nadaran*, algunas marraron, y escasearon las buenas varas; y eso con toros guasones, huidos y de poco poder. Sólo Pegote se portó como quien es, valiente, de conciencia y buen jinete; pero ¡qué caballos montaron!

A excepción del quinto toro, que fué bravo

LA LIDIA



Giner

D. Fyrea

y demostró cierta nobleza, los demás eran buenos para una yunta, según digeron más de cuatro Isidros. No nos cogió de nuevas ese resultado, que ya lo habíamos previsto, aunque francamente no podíamos suponer que haya ganaderos que vendan como toros, *vacas suizas*, ni empresas que los compren, más que para carne, ni veterinarios que llamen á *eso* toros de lidia, ni autoridades que viéndolos no los rechacen, ni público que los tolere.

No puede decirse que la Presidencia, encomendada al Sr. Méndez Vigo, estuvo desacertada; así la quisiéramos siempre.

Y diciendo que la entrada fué floja, aquí aflojamos también, dejando la pluma, para ir á ver los toros de Barrionuevo: ¿quién ha oído decir algo de ellos?

J. SÁNCHEZ DE NEIRA.

NUUESTRO DIBUJO

[FUERA GENTE!]

Del amplio circo en la candente arcilla,
inmóvil en el centro y emplazada,
ved la temible res que ya burlada
más de cien veces fué por la cuadrilla.

Aunque el cansancio su cerviz humilla
por la sangre que lleva derramada,
en los destellos de su audaz mirada
brilla el furor y la venganza brilla.

El matador, sereno y animoso,
llega del enemigo frente á frente;
el arranque feroz é impetuoso
se halla dispuesto á resistir valiente;
y dominando su figura el coso
con decisión exclama:—¡Fuera gente!

M. DEL TODO Y HERRERO.

EL TIEMPO PARA MATAR

ROR ser preciso poner límites á todo aquello que de no tenerlos previamente señalados podría hacerse interminable ó continuar por indefinido tiempo, se ha convenido en los distintos órdenes de las cosas el establecer plazos que las leyes ó los reglamentos señalan, cuando no la costumbre.

Para que no se dé el caso de que se agote la paciencia del público que asiste á las corridas, antes de consentir que se muera de vejez un toro en la Plaza, desesperando de que pueda caer un rayo que le parta, ha sido necesario fijar á los matadores un plazo dentro del cual hayan de consumir la suerte.

Ese plazo existe, y es el conocido de los 20 minutos para el primer aviso, cinco más para el segundo y otros cinco en definitiva para retirar el toro al corral recogido por los cabestros; plazo que la costumbre tiene como de ley, y que parece hubo de establecerse escrito en cierto reglamento que se dictó no sabemos en qué fecha á punto fijo, y de cuyo citado reglamento, si llegó á imprimirse, se halla agotada la edición hasta el punto de que no pueda darse con ningún ejemplar.

Pero yo creo, y aquí llego á lo que me proponía exponer, que si bien ha sido preciso señalar tales plazos para que haya alguno, no quiere esto decir que deban ser los que existen improrrogables y fatales á tal extremo, que no sea nunca lícito prescindir de observarlos rigurosamente.

Bien está que en aquellos asuntos de la vida que por su condición no ofrezcan ostensible diversidad de carácter que implique naturaleza ó modo de ser distintos en un tiempo que en otro, se observen los plazos de la ley como fatales, tal cual se considera, por ejemplo, á los señalados para que en la justicia ó en la administración sean firmes é inapelables las sentencias; mas en aquellos otros asuntos en los que, lejos de existir circunstancias que manifiestamente sean siempre las mismas, se hallan sujetos por la índole que les es propia á imprevistos y distintos accidentes que les hacen en cada ocasión cambiar de aspecto, no pueden ni deben en ellos considerarse los plazos como inmutables, sino como medidas prudenciales que prudencialmente han de aplicarse ó no, según el caso, en todo su rigor.

Y aquí me ocurre observar que es voz muy cun- dida la de que para pública satisfacción de que se

guarda respeto al famoso principio de la igualdad ante la ley, conviene disponer que no sea el presidente, sino un gran reloj muy visible, quien señale en los circos taurinos los plazos inmutables para los avisos al espada.

Esa voz hace propaganda de un absurdo que no llegará á realizarse.

Absurda es la pretensión que de suerte tan compleja y tan variada en cada caso como la de matar, deba ejecutarse y desenvolverse dentro de un límite exacto de tiempo, que unas veces resultaría excesivo y otras no.

Con ser el reloj una de las máquinas más exactas, sería cosa de llevar al corral al relojero si por imprevisto caso, pero posible, el *reloj-presidente* de la plaza se retrasara descomponiéndose en los momentos críticos.

¡Pobre reloj! ¡Qué de injurias y de naranjazos recibiría por hacerse el distraído y no dar la señal!

Pero vamos al toro, vamos al asunto, vamos á explicar por qué entiendo yo, y seguramente muchos aficionados conmigo, que no es igualdad la igualdad ante la ley de los 20 minutos.

La razón no es más que una, una que son dos, y dos que forman una sola: la de que no son iguales todos los diestros, ni tampoco todos los toros. De aquí ahora un sinnúmero de consecuencias en casos distintos, de los cuales daré brevísima idea.

Supongamos una faena de empeño, en la que un diestro inteligente y reputado apura con maestría los recursos del arte para recoger con la muleta á un toro huído ó con querencia, y se ve al hombre irse quedando cada vez más con el bicho en cada pase y confiarle y traerle al engaño y empararle en él, y tras de penosa y continuada brega, aplomada al fin la res, trata de cuadrarla despacito y con tiento para rematar lucidamente. El espectador que sabe apreciar el mérito de aquella faena, no se ocupa del tiempo que se invierte en ella.

Pero llega sin remisión el aviso exacto porque han transcurrido los 20 minutos, y el espada distrae su atención de lo que hace, se avergüenza ó se ofende, y el toro aprovecha y huye y vuelve á su querencia, en vez de ser el diestro quien *aprovechara*. Queda el lance deshecho y en vez del resultado que confiadamente se esperaba, se obtiene el contrario. Entonces el presidente habrá cumplido la ley, pero merece una silba.

Otro caso, y nada más. De una parte un toro marrajo y ladrón, quedándose y sabiendo latín, ya en el último tercio de la lidia, desafiando, siguiendo al bulto con la vista siempre, arrancando en falso y capaz de dar *jindamo* al mismísimo Cid Campeador. Ahora, de la otra, un espada sin recursos y de escasa facultades, batiendo indeciso delante de la cabeza de la res y tomando con fatigas el olivo y al toro con telescopio. A los diez minutos de aquel sobresalto está un descanso que pasen los otros diez y los cinco siguientes, y los últimos cinco temblando por la salida del gollete y con el alma en vilo: parece que los avisos tardan siempre por á tiempo que lleguen, y al salir los mansos, como si abrieran las puertas del limbo, que hay quien lo cree mejor que el purgatorio, aunque allí no se tenga la esperanza de ver el cielo.

Y no canso más: acaba suplicando que no presida un reloj como un concejal ni un concejal como un reloj, sino un cronómetro inteligente que en lo de los avisos tenga la prudencia necesaria para que no resulte que por darlos á tiempo fijo, los dé fuera de ocasión.

A. VELA-HIDALGO.

Toros en Madrid.

7.^a CORRIDA DE ABONO. — 18 MAYO 1890.

A lo mejor salta un día de esos en que todo se tuerce, y el de ayer fué de los de referencia, en que los aficionados debimos quedarnos en casa, ó, lo más, lo más, oír como buenos católicos la misa de gran espectáculo y regresar á los respectivos lares.

Pero nada: que había cuernos, y que aunque la bóveda celeste presentaba un entrecejo nada agradable, no llevó su enfado hasta motivar que se suspendiese la distracción de costumbre; y con la correspondiente escama nos dirigimos hacia el circo para presenciar la séptima de abono, con las cuadrillas del elemento joven, representado por Guerra, Torerito y Lagartijillo, y toros de la vacada cordobesa, de doña María Josefa Fernández, viuda de Barrionuevo.

Llevaban por nombre de pila ó de dehesa los cornúpetos, correlativamente, *Lagartijo*, *Broquelo*, *Estanquero*, *Barrionuevo*, *Carpintero* y *Ruano*, berrendos en negro los tres pri-

meros, ídem en colorado el cuarto y último, y castaño albardado el quinto; de hermosa lámina el primero, cuarto y quinto; bien criados todos y aceptables de defensas en general.

Respecto á condiciones de lidia, no fué menudo el engaño que nos dieron los Barrionuevos en cuestión. En el primer tercio, tomaron 40 varas, dieron 10 tumbos y dejaron para el arrastre cuatro caballos, aunque fenecieron algunos más en las dependencias interiores.

En el segundo tercio se quedaron la mayor parte, y sólo dos se prestaron á mayores primores, que los encargados de desempeñarlo llevaron á cabo.

Y en la hora suprema pecaron todos de sosos y desabridos; y alguno, como el primero, constituyó para el matador correspondiente, un verdadero hueso.

En resumen, ganado de vista y de escasos merecimientos para una corrida de abono.

LOS MATADORES

Guerrita.—Como acabamos de decir, el primer toro no era manejable para la muerte, lo cual no quita para que opinemos que el joven matador debió tantearle con la muleta por lo bajo, toda vez que el animal estaba muy entero y completamente encampanado, dificultando la colocación del estoque. Por consecuencia, la brega fué laboriosa y deslucida y los pinchazos en abundante número, de los cuales solamente el que hizo el número seis estuvo bien señalado. En los restantes, los hubo á la media vuelta, metisacas atravesados, etc., sirviéndole de disculpa la calidad del buey que abrió plaza.

En su segundo, que era un guasón, se dejó de floreos, y con sólo cuatro pases, se metió con coraje, pinchando en hueso. Repitió, haciendo bien la entrada, y teniendo desgracia con el estoque, que quedó atravesado, terminando con un bonito descabello á la primera.

En la brega, acudiendo con solicitud á todas partes y ayudando á sus compañeros; y en la dirección, como principiante, un poquito débil.

Torerito.—Debía buscar el desquite de su presentación en esta temporada, y justo es confesar que algo consiguió, por más que necesita todavía aplicarse para borrar aquella mala impresión.

Su primer toro fué de lo más manejable; no obstante, paró muy poco y no entró ni una sola vez con deseos de agarrar el sitio de la muerte. Los pases fueron muchos, y por lo mediano, y los pinchazos cuatro ó cinco, debiendo citarse el primero, que quiso aparecer con conatos de recibir, pero que se engendró desde muy lejos y sin estar el bicho para ello.

En su segundo, que se revolvió, se tiró á matar saliendo enganchado y sacudido por una manga, y clavando una gran estocada un poco atravesada, tras cuatro regulares muletas. Escuchó palmas para demostrarle que el público premia la voluntad, aunque no obtenga éxitos extraordinarios.

Bregando hizo lo que pudo y alternó con los otros matadores.

Lagartijillo.—Volvemos á afirmar que en el macho hay serenidad y valentía. Trabaja los toros cerca y con reposo, faltándole, como es consiguiente, el conocimiento que da la práctica. En el momento de herir le vimos ayer desigual, en el primero; pues al paso que la media estocada la engendró arqueando el brazo, como ya anotamos días atrás, y echándose fuera de la suerte, por lo que resultó caída y atravesada; en la entera entró bien, sin el vicio espesado, y cobró al toro al volapié neto.

En el último, otro bicho insípido, procuró deshacerse pronto de él, consiguiéndolo de un pinchazo sin soltar, por no poner nada de su parte el enemigo, y una estocada caída y atravesada.

Bregando, hizo algunos quites de poco lucimiento, pero de oportunidad, y corrió por derecho en otras ocasiones.

Vestían respectivamente los matadores de violeta y oro, azul y oro y verde y negro.

LOS BANDERILLEROS

No hubo más que dos toros bien pareados: el segundo por Pulguita y otro que suponemos perteneciente á la familia de los Bejaranos, y el cuarto por Mogino y Primito. En el primero tuvo que abandonar Guerrita los estoques para dirigir el tercio.

LOS PICADORES

Ninguna vara que merezca especial mención por lo aceptable; por lo pésimas las propinadas al primero y al quinto.

El Presidente fué silbado, sin ensañamiento, por precipitarse algo en cambiar esta suerte, en el que ocupó el segundo lugar.

Fuera de esto, estuvo bien; la tarde, no de Mayo, sino de Diciembre, con su chaparroncito al terminar la corrida, y la entrada para no perder.

Y prepárense ustedes para una dosis de veinte cuernos, procedentes de las dehesas de Torres Cortina, que, seis en Plaza entera para Angel Pastor, Guerrita y el Ecijano (tomando la alternativa), y cuatro en Plaza partida á cargo de Almendro y Pepete, piensa la Empresa suministrarlos el próximo jueves.

DON CÁNDIDO.

MADRID.—Imp. y Lit. de J. Palacios, Arenal, 27.

Teléfono 133.